

REGRESO A EMPÚRIES. LA PREHISTORIA DE SICILIA Y DE LAS ISLAS EOLIAS CUARENTA AÑOS DESPUÉS

Luigi Bernabó Brea*

Volver hoy, después de cuarenta años, a la revista *Empúries*, en ocasión del volumen de su cincuentenario, tiene para mí un significado particular.

Es un regreso a los lejanos tiempos de mi juventud, en que estaba particularmente ligado, por vínculos de amistad y cariño, además de colaboración científica, a muchos colegas españoles. Por aquel entonces tenía frecuentes ocasiones de encontrarlos tanto en España, a la que había venido varias veces en aquellos años, como en Italia, en los congresos organizados por el muy dinámico *Istituto Internazionale di Studi Liguri*, dirigido por el profesor Nino Lamboglia, al que, como ligur que soy, me unían lazos de amistad. En aquellos congresos italo-españoles destacaban como los más activos animadores Martín Almagro, Luis Pericot, Juan Maluquer de Motes y muchos más.

Es particularmente a Martín Almagro a quien debo la publicación en la revista *Ampurias* de mis primeros estudios sobre la prehistoria siciliana, o sea el resultado de búsquedas y descubrimientos que comenzaba a efectuar en la nueva sede a la que había sido trasladado, pocos años antes, desde mi Liguria natal.

El Ministerio del cual dependía me había llamado, en pleno período bélico, para hacerme cargo del Museo Arqueológico de Siracusa y de la Soprintendenza de la Sicilia Oriental, precisamente al otro extremo de Italia.

Había llegado a Siracusa hacia finales de 1941, cuando mis deberes y preocupaciones eran los de salvaguardar el patrimonio arqueológico y monumental de los graves peligros que lo amenazaban.

Tan sólo hacia finales de la guerra, concretamente en los últimos meses de 1945, fue cuando las colecciones del Museo de Siracusa pudieron reaparecer desde los escondrijos en los cuales se habían enterrado durante años, y así se iniciaba su revisión y estudio, con la perspectiva de la apertura del Museo (hecho que comportaba una radical reinstalación de las colecciones) que constituía nuestro primerísimo objetivo. Me enfrentaba,

pues, a una labor que para mí, como ligur, era completamente nueva. De prehistoria siciliana sólo tenía el superficial conocimiento que se puede adquirir con las excelentes publicaciones de maestros como Paolo Oris, desaparecido bastantes años antes de mi llegada a Sicilia, o Corrado e Ippolito Cafici, ambos centenarios. Pero los mayores y fundamentales trabajos de Oris y su punto de vista sobre los problemas relativos a la prehistoria siciliana se remontaban a mucho tiempo atrás, a sus años mozos, cuando su actividad explorando y excavando era incansable (había llegado a Sicilia en 1888).

Era obvio que esta problemática tenía que ser revisada tomando como base el progreso de los estudios, de los métodos y sobre todo de la evolución que mientras tanto se había verificado en el campo de las ciencias prehistóricas.

La total revisión de los materiales y de los lugares prehistóricos de la Sicilia oriental, a la cual dediqué mis esfuerzos en aquellos años, me ofrecía la ocasión de múltiples descubrimientos, pero al mismo tiempo me imponía el muy difícil deber de lograr un encuadre general, histórico y cronológico, de cada *facies* cultural que, precisamente a través de una total revisión de los materiales, se iban perfilando y definiendo con mucha mayor exactitud y precisión de lo que pudiera aparecer en las publicaciones, necesariamente siempre parciales, de cada excavación en concreto. Los problemas de encuadre histórico-cultural eran siempre objeto de amistosos pero animadísimos intercambios de opiniones con Pia Laviosa Zambotti, a través de los cuales nuestras ideas iban madurándose y precisándose.

En aquellos años de postguerra era muy difícil en Italia, para todos los estudiosos, poder publicar los resultados de sus hallazgos, debido a la lentitud con que iban reemprendiéndose las publicaciones académicas.

La hospitalidad que me ofrecieron las revistas españolas, desde *Ampurias* o el Archivo de Prehistoria Levantina hasta *Minos*, me permitía superar estas dificultades para ofrecer

*Agradezco a la señora Domitilla Carissimi-Priori la traducción del texto al español.

rápida­mente las noticias del fruto de mis búsquedas.

En el *Ampurias XI* (1949) y *XII* (1950)¹ señalaba el primer descubrimiento de estaciones del Paleolítico superior (Fontana Nuova de Ragusa, Coste di S. Corrado de Palazzolo Acreide, etc.) y del Mesolítico (Gruta Corruggi di Pachino) en la Sicilia suroriental, en la que estas *facies* culturales, muy atestigüadas en las grutas del Palermitano y del Trapanese, parecían hasta entonces extrañamente ausentes.

Solamente en el volumen XV-XVI (1953-54),² a continuación de una serie de ponencias efectuadas en 1952 en un congreso en las Baleares, por invitación de la Universidad de Barcelona, podía trazar, por primera vez, un cuadro de conjunto de la prehistoria siciliana, que algunos años más tarde (1957) tuve ocasión de desarrollar en el volumen *Sicily before the Greeks*,³ que me encargó el amigo Glyn Daniel. Era el resultado de las revisiones hechas para la reorganización del Museo de Siracusa, pero que no había podido tener en cuenta. Ello era debido a los resultados de las excavaciones que desde 1947 había iniciado en las islas Eolias y en Milazzo, además de la serie estratigráfica puesta a la luz en Lípári, en la ubicación del castillo y del subsuelo del área urbana de la ciudad moderna, así como en el lugar Diana. Estas excavaciones, a partir de 1951, las había confiado a Madeleine Chevalier. Los yacimientos nos ofrecían una completa e ininterrumpida sucesión cultural desde los inicios del Neolítico medio hasta finales de la Edad del Bronce, es decir, aproximadamente del 4000 al 900 aC. Esta excepcional serie estratigráfica, además de la importancia que las islas Eolias habían tenido en varios momentos de la prehistoria, primeramente por la exportación de la obsidiana y posteriormente a causa de su situación estratégica, era debida a factores geológicos locales muy particulares, que habían llevado a la formación de espesos estratos de aportación eólica.

Ésta constituía un paradigma, que hasta entonces había faltado, para el

en­cuadre cronológico de las culturas de Sicilia y de la Italia meridional, pero que podía ofrecer importantes puntos de referencia también para las regiones más lejanas. De esta sucesión estratigráfica, que entonces venía perfilándose, la primera noticia la había comunicado en su día el Archivo de Prehistoria Levantina II,⁴ aparecido en 1952, mientras que en *Minos*, la revista de la Universidad de Salamanca, se daba la primera comunicación de las marcas (basándose en una tradición egea) que aparecían en las cerámicas eólicas de los siglos XIV-XIII aC.⁵

Considero que el cuadro histórico-cultural tratado en *Ampurias XV-XVI* es actualmente válido en sus líneas fundamentales, pero la continuidad de las excavaciones, de los hallazgos y de los estudios particulares en el transcurso de los años pasados desde entonces, han llevado a un fuerte enriquecimiento de nuestros conocimientos sobre la prehistoria siciliana y las relaciones entre Sicilia y otras regiones mediterráneas, tanto que la problemática relativa a los varios momentos o episodios de la evolución cultural parece hoy día mucho más compleja que entonces.

Se empiezan a divisar fenómenos históricos de gran extensión mediterránea, difíciles de imaginar entonces, y aparecen hipótesis que nos llevan a una impostación de los problemas diferente de la que antaño se creía.

La penetración económica y cultural egea en las islas Eolias y en Sicilia, desde sus comienzos en el protomicénico, aparece hoy mucho más consistente de lo que pudiera aparecer a través de la sola importación de cerámicas pintadas, si con ella se puede relacionar la construcción de la «tholos» termal de S. Calógero en la isla de Lípári⁶ o la instalación protourbana del hábitat de Thapsos en Sicilia, excavado por G. Voza.⁷ Pero junto con los intensivos contactos con el mundo micénico se añaden los de la más lejana Chipre, confirmados por los hallazgos de algunas tumbas de Thapsos y de la reciente excavación de una tumba de Siracusa, efectuada por Vorza, en la cual, además de las

cerámicas, se encontró un pequeño cilindro de esteatita historiada.

Entre las varias hipótesis existentes figura la relativa a un origen y evolución del Eneolítico a partir del IV y III milenios aC como consecuencia de los largos contactos con las más avanzadas civilizaciones, de notable fuerza expansiva, en las costas del Asia anterior.⁸ Tales civilizaciones nos vuelven a recordar los numerosos elementos que entonces se difunden en Sicilia: tumbas de cista y de fosa, mazas de enmangue, técnicas y tipología de la industria lítica, formas particulares y motivos de la decoración de las cerámicas (estilo S. Cono y Conca d'Oro I, y estilo Serraferrichio). Y nos recuerdan también que en los portadores de la cultura eólica de Capo Graziano, formada entre el III y II milenios, puede verse a aquellos eolios a los cuales nos remonta una tradición legendaria, confirmada por la Odisea, pero que se encuadra en un amplio ciclo épico relativo a la estirpe eólica, que sin duda es la más antigua del mundo griego.¹⁰

Un reciente y más profundo examen de los elementos que caracterizan la *facies* cultural de Capo Graziano, demuestra que encuentran no solamente analogías, sino más a menudo la verdadera identidad en el Protoheládico III de la Grecia continental, mucho más que en el Mesohe­ládico, con el cual se habían hecho comparaciones anteriormente.

Esta distinta correlación es la consecuencia de un más profundo conocimiento de la evolución interna de esta cultura eólica, debido, por lo menos en parte, a las excavaciones de los asentamientos epónimos de Capo Graziano en la isla de Filicudi,¹¹ que permiten distinguir las fases iniciales de dicha cultura desde mediados y finales, como nos confirman los hallazgos del castillo de Lípári.¹² Pero deriva también de la diferente posición cronológica hoy atribuida a aquel asentamiento del Altis de Olimpia,¹³ excavado por Doerpfeld hacia finales del siglo pasado, que ofrecía los más discutibles elementos de comparación sobre los hallazgos eólicos,¹⁴ especialmente referentes a los del castillo de Lípári. Hasta hace

veinte años todos estaban de acuerdo en atribuirlo al Mesohelénico, del cual en realidad hubiera constituido un aspecto muy particular. Hoy los estudios de los profesores Koumouzelis, Rutter,¹⁵ etc., nos han demostrado claramente que pertenece a un Protohelénico III. Y en el Protohelénico III del Argólida, de la Beocia, etc., encuentran estrecha relación o identidad (especialmente los tipos cerámicos de las fases antiguas y medias), no sólo los conocidos asentamientos de Piano di Porto o de la cabaña XII de la Montaguda de Capo Graziano en Filicudi, sino también el pecio naval de Piñataro di Fuori,¹⁶ y la necrópolis de incineración de Contrada Diana en Lípari.

Las comparaciones instituidas por nosotros en el estudio monográfico dedicado a este argumento¹⁷ se extienden a muchos aspectos, arqueológicamente reconocibles, de la cultura de Capo Graziano: arquitectura de las cabañas y características de sus estructuras, «bothroi», pavimentación de fragmentos cerámicos y pequeñas piedras, ritos funerarios (comprendida la incineración), formas cerámicas (también las más insólitas y especializadas), estilo y repertorio de sus decoraciones, además de elementos de industria lítica, por ejemplo las hachas con agujero cilíndrico para enmangue.

Las analogías (o identidades) son demasiado numerosas y estrechas para poder ser consideradas como el fruto de esporádicos contactos comerciales. Podríamos decir en realidad que no existe ningún elemento de la cultura eólica de Capo Graziano, por lo menos en sus fases antigua y media, que no encuentre su prototipo en el Protohelénico III o en el Mesohelénico inicial de la Grecia continental.

La cultura de Capo Graziano se afirma de improviso en las islas Eolias y no parece tener ninguna relación con las *facies* locales precedentes, la conocida como cultura de Piano Quartara,¹⁸ que se vincula a las sicilianas del tardo eneolítico como Chiusazza-Malpasso-Conca d'Oro II.

Los siglos durante los cuales se había desarrollado la cultura de Piano

Quartara, correspondientes al final del III milenio, habían representado para las islas Eolias un período de profunda recesión económica y demográfica. Los testimonios que ha dejado dicha cultura, a pesar de estar presentes no sólo en Lípari sino además en Salina, en Panarea y en Estrómboli, son en todas partes muy pobres.

La llegada de la cultura de Capo Graziano parece, por el contrario, corresponder a un imprevisto florecimiento de las islas, en cada una de las cuales se desarrollan amplios hábitats o por lo menos algunos de ellos de gran extensión y con gran número de cabañas. El más importante creemos que es el de Capo Graziano en Filicudi, ya que abarca más de novecientos metros de longitud a lo largo del costado meridional del promontorio.

La *facies* cultural de Capo Graziano está extrañamente aislada en el archipiélago eólico y no se vincula a ninguno de los grupos culturales de las cercanas regiones. No tiene comparaciones ni en Sicilia, ni en las regiones tirrénicas de la Italia central-meridional, donde florecen en este período *facies* completamente diferentes, estrechamente relacionadas con tradiciones más antiguas, que no tienen nada en común con la arriba mencionada. Estas consideraciones convergen todas a favor de la hipótesis de una ubicación más o menos repentina en las Eolias de pueblos de lejana proveniencia transmarina, que se adueñan de ellas a causa de su importancia estratégica y de las ventajas que podría ofrecerles el poseerlas.

Para los pequeños núcleos étnicos dotados de una más elevada tecnología y de una superioridad naval respecto a las poblaciones indígenas de las cercanas regiones costeras, las islas Eolias, en efecto, representaban unas bases seguras, desde las cuales era posible controlar y monopolizar los tráficos comerciales que cruzaban el estrecho de Messina, es decir, las rutas que unían el bacino occidental al oriental del Mediterráneo.

Ya en los albores de la Edad del Bronce, tenía que ser ésta la vía del estaño, que desde las lejanas islas Bri-

tánicas llegaba a los estados del Cercano Oriente. A esta mercancía, de fundamental interés estratégico, podían unirse otras, locales, como el azufre y el alumen que se extraían del activo cráter volcánico de una de sus mismas islas, la que los griegos llamaron Hierá o Thermessa y que hoy lleva el nombre de Vulcano.

Pero no hay que excluir que en esta ruta del comercio mediterráneo no pudieran canalizarse otros productos de procedencia lejana, como el ámbar báltico, que precisamente en este período empezaba a difundirse gracias a las propiedades mágicas, apotropaicas, que se le atribuían. Pero es probable que la mercancía más rica de estos intercambios fuese constituida por los esclavos y que las islas Eolias hayan sido precisamente escogidas como base de ubicación.

Las estrechas relaciones de semejanza que hemos encontrado entre el complejo arqueológico de Capo Graziano y el del Protohelénico III o del Mesohelénico inicial nos llevan a buscar en la Grecia continental el origen de este pueblo, sin duda llegado de lejos, al cual es debida esta cultura. Se identificaría entonces con aquellos Eolos, de los cuales las islas, después de cuatro milenios, todavía llevan el nombre.

Si es así, habría una extraña coincidencia entre los datos a los que se llega a través de la búsqueda arqueológica y la tradición legendaria que recuerda, precisamente, la ubicación de pueblos eólicos, aparecidos por un «genaria asentamiento (epónimo)» en estas islas tirrénicas.

Es un conjunto de leyendas que encuentran repercusión también en los poemas homéricos, en aquellos relatos de Ulises y Alcinoos que parecen constituir el núcleo más antiguo de la Odisea. Es el episodio de Eolo, mencionado en el libro X, el rey justo y hospitalario que vive en la isla de Aiolie, en la cual acoge benévolamente al deambulante Ulises y le ofrece en donativo el odre de los vientos que lo devolverá a su patria.

Pero esto del reino de Eolo no es nada más que un episodio que forma parte del amplio ciclo de leyendas relacionadas con la estirpe eólica, bas-

tante más antiguo que aquel surgido en torno a la guerra de Troya y al regreso de los héroes que en ella habían participado («nostoi»), y cuya fuente de inspiración no llega más allá de comienzos del XII o como máximo de finales del XIII aC.

Efectivamente, el ciclo épico de la estirpe eólica es probablemente el más antiguo complejo de leyendas que se recuerda en el mundo griego. Los héroes de este período legendario generalmente aparecen en los poemas homéricos con los progenitores de los que combatieron en Troya.

Para los griegos de la edad clásica una de las principales fuentes debieron de ser las obras, hoy desaparecidas, de Esíodo, y particularmente las *Eolias* y el *Catálogo de las Mujeres* (que debieron de formar una obra única), o los escritos de otros poetas menores como Asio, Kinaithon Lacedemonio y puede que también Eumelos de Corinto.

Es un ciclo de leyendas al cual Eurípides ha acudido para la inspiración del argumento de la mayoría de sus tragedias, entre las cuales están *Aiolos* y, fundamentalmente, *Melanippe sophé* y *Melanippe desmotes*. Más tarde nos llegaron por obra de poetas y mitógrafos que las han reelaborado.

Lo que estos escritores han conservado para nosotros es una fantasmagórica variedad de episodios relativos a los singulares personajes, a menudo en plena contradicción entre ellos, que reflejan la férvida imaginación de una infinidad de «aedi» que estas leyendas han cantado, aunque a menudo reflejan también las ambiciones de las estirpes dinásticas que enlazan estas tradiciones.

Pero si a través de estos numerosos e incoherentes episodios, y más allá de ellos, buscamos reconstruir los acontecimientos históricos en que tuvieron origen estos ciclos de leyendas, veremos que se perfila un cuadro bastante coherente. Estas leyendas recuerdan la ubicación de los pueblos eólicos en aquel territorio, situado entre Tessalia y Beocia en época clásica, que era llamado Himoníe por sus antiguos habitantes, los Haimones, y que por ellos se llamará Aiólís.

Más adelante, con las siguientes generaciones, es decir, con «los hijos de Eolo» (Mimas, Athamas, Dreteus, Deion, Magnes), conocemos la expansión de este pueblo hacia las regiones próximas de la Grecia continental. Pero las leyendas referentes a otros eólidos atestiguan en cambio una expansión hacia el Peloponeso.

Sísifo, cuya descendencia está en parte aún atada a las riberas del lago Copaide y a la Fócide, reinará en Corinto y su nombre estará unido a la institución de los juegos ístmicos. Entre sus descendientes, Proitos y Akrisios, hijos de Tersandros, se disputarán la soberanía de la Argólida.

Parece ser que Salmoneus se estableció en la región llamada después Elide, seguido de Neleo y de Amithaon, hijos de Kretheus, relacionándose con ellos la fundación de Philos. A esta estirpe eólida está ligado también Endimione, al cual se le atribuye la institución de los juegos olímpicos.

En Mesenia reina el eólido Perieres, sucediéndole sus hijos Aphareus y Leukippos.

En este último ciclo de leyendas se conserva el recuerdo de una ulterior expansión transmarina hacia Occidente, con ubicación en Metaponto, antigua Alybas, en la que reina el epónimo soberano Metabos, hijo de Sísifo. Cerca de Metabos encuentra refugio la hija de Eolo, a veces llamada Arne o Melanippe, que, embarazada de Poseidón, da a luz dos gemelos, Aiolos y Boitos. El primero, huyendo de Metaponto, será el que se establezca en las islas que tomarán su nombre. Será el Eolo de la Odisea.

Y la leyenda sigue todavía más con la fundación de Pisa en Liguribus (que lleva el nombre de la Pisa eólica, en cuyo territorio se hallaba el santuario de Olimpia) por obra de Epeo, hijo de Eudimione, que más tarde se confundirá con aquel Epeo constructor del caballo, haciéndolo nuevamente volver al ciclo de la guerra de Troya.

La impresionante coincidencia entre los resultados de la búsqueda arqueológica y este ciclo de leyendas, nos propone una datación entre el III y el II milenio. ¡Casi siete u ocho si-

glos (es decir, una veintena de generaciones) antes de la guerra de Troya...!

Por otra parte no se veía en qué otro momento de su larga y plurimilenaria historia estas islas tirrénicas podrían haber recibido el nombre de Eolias. No ciertamente durante la media Edad del Bronce (1430-1270 aC, aproximadamente), cuando ellas regresaban a una *facies* cultural típicamente siciliana (cultura de Milazese, parecida a la de Thapsos, de la Sicilia oriental), o en la Edad del Bronce tardío y final, cuando se afirman en ellas *facies* culturales típicamente peninsulares (Ausonio I y II) de tradición «tardo-apeñínica» o «protovilanoviana».

Incidentalmente observamos que estos frecuentes pasajes de una dominación a otra, en el transcurso de pocos siglos, atestiguan la gran importancia que poseían estas islas en el cuadro de la talasocracia del bajo Tirreno.

Tampoco se observa cómo este nombre de Eolias podría haberles sido dado después de la violenta destrucción del hábitat de Ausonio II (finales del X y comienzos del IX aC), a continuación del cual ellas permanecen prácticamente desérticas durante tres siglos.

Ciertamente no son de estirpe eólica, sino dórica, los Cnidos y los Rhodios que fundaron otra vez la nueva Lípara durante la cincuentésima olimpiada (580-576 aC).

El aiolíe de la Odisea indica que estas islas tirrénicas llevaban este nombre antes de Homero.

Este ciclo de leyendas señala Metaponto como primera etapa de la expansión transmarina de los pueblos eólicos, desde donde, en una segunda etapa, habían llegado al Tirreno, ubicándose en las islas que tomaron de ellos el nombre de Eolias.

Hasta ahora, en las excavaciones que se han venido haciendo, desde hace tan sólo una decena de años, no ha sido hallado un testimonio arqueológico, en el sentido estricto, de esta estancia en el territorio metapontino.

Existe, sin embargo, el hecho de que una *facies* cultural del todo análoga, por las formas cerámicas, a la de

las fases más antiguas de la cultura eólica de Capo Graziano esta ampliamente documentada en la opuesta ribera del golfo de Tarento, en los pequeños dólmenes de Salento y sobre todo del territorio de Acquarica y Vanze.¹⁹ Se trata de cistas funerarias en el interior de grandes túmulos (llamados *specchie*), en algunos casos con *credipine in muratura* parecidos a los de la Grecia protohelénica. Estos túmulos de Salento son, sin duda alguna, los más antiguos testimonios de una difusión, también en territorio italiano, de este tipo de monumento funerario típicamente protogriego.

La *facies* cultural a la que pertenecen estos hallazgos de Salento ha sufrido malos entendidos y hasta hace pocos años ha tenido una cronología incierta, posiblemente porque los elementos que la caracterizan no encuentran comparaciones convincentes con otros testimonios de la Edad del Bronce en Puglia. Sólo recientemente²⁰ han sido puestas en evidencia sus estrechas analogías con la fase inicial de la cultura eólica de Capo Graziano y esto permite atribuirle una fecha muy cercana al 2000 a.C.

También en este caso la búsqueda ofrece entonces una precisa confirmación a la tradición legendaria que situaba en esta zona la primera ubicación de aquellos eólicos que desde aquí, en un momento inmediatamente sucesivo, habrían alcanzado las islas Eolias.

Esta *facies* cultural de los pequeños dólmenes de Salento debe de haberse extendido notablemente en la Puglia, ya que un complejo cerámico del todo análogo (y que representaba hasta entonces las mismas dificultades de encuadre histórico-cultural), ha aparecido en la tumba colectiva de Casal Sabin, en territorio de Altamura (Murge Baresi).²¹

La posición cronológica de la *facies* cultural eólica de Capo Graziano es de más fácil y seguro encuadre cronológico dentro de la evolución cultural de la Italia meridional.

Su fase inicial, a la cual corresponde la ubicación en el costado meridional de Piano del Porto de Filicudi, debe de haberse afirmado cuando aún florecía en la Italia meridional el Pro-

toapenínico A, una cultura todavía de tipo eolítico, en la cual comienzan a aparecer los primeros elementos «capogracianoides» penetrados de las islas Eolias o de las ubicaciones «eólicas» de Salento.

Y es probable que hayan sido aportaciones de estas ubicaciones de pueblos transmarinos (probablemente más adelantados desde el punto de vista tecnológico) las que determinaron la rápida evolución de un Protoapenino A a un B, es decir una *facies* cultural ya atribuible a la Edad del Bronce inicial.

La expansión transmarina de pueblos de estirpe eólica hubiese sido entonces el acontecimiento histórico que habría señalado la llegada de la Edad del Bronce a la península Italiana desde Salento hasta las islas Eolias.

Estudios recientes²² han permitido definir con mayor evidencia una evolución del Protoapenínico B en dos fases bien distintas (en realidad ya habían sido intuitas por Lo Porto desde 1963),²³ que pueden hallar una relación en las fases media y final de la cultura eólica de Capo Graziano.

Un retraso en la evolución de la cultura de Capo Graziano ha sido producido principalmente por el traslado de los hábitats, que, surgidos en un primer momento en lugares amenos, a lo largo de la orilla del mar, y sin revelar ninguna situación de defensa (Piano del Porto de Filicudi, actual área urbana y Contrada Diana de Lípari), se sitúan en una segunda etapa entre rocas y sobre las abruptas acrópolis de montaña; son incómodos, pero responden a consideraciones de defensa (Montañola di Capo Graziano de Filicudi, castillo de Lípari), sin duda en relación a cambiantes situaciones políticas y al perfilarse graves amenazas que llegaban del mar.

Amenazas representadas quizá, más que por las poblaciones vecinas, por los concurrentes movimientos de colonización, de los cuales es posible reconocer indicios arqueológicos. Pero la evolución de la cultura de Capo Graziano, además de los cambios de lugar de los hábitats, está caracterizada por la amplia difusión de las cerá-

micas que representan una decoración incisa de un estilo particular y un repertorio de motivos, entre los cuales prevalecen los pequeños zigzags «plurimi», a menudo alternados con hileras de puntos, que parecían desconocidas en las fases iniciales (Piano del Puerto de Filicudi, pecio naval de Pignataro di Fuori, etc.) y que eran distintas del Protohelénico III de Grecia. Se podría ver en estos motivos una aportación del estilo decorativo del vaso campaniforme ibérico (motivos similares se hallan con cierta frecuencia) a pesar de que hasta ahora no han sido hallados campaniformes importantes en las islas Eolias. Solamente en una tumba de Villafrati,²⁴ localidad de la costa siciliana cerca del Palermo, unos pequeños vasos típicos del estilo de Capo Graziano (cuya calidad de empaste nos demuestra que son importados de las Eolias) se asocian con un típico vaso campaniforme. Sin embargo esta asociación no tiene un valor determinante tratándose de una tumba colectiva, en la cual pueden haberse sucedido inhumaciones durante varias épocas.

Pero existe el hecho de que en las cerámicas aparecidas en la ubicación del Altis de Olimpia (que son particularmente similares a las de las fases evolucionadas de la cultura eólica de Campo Graziano), vuelven a los mismos motivos decorativos que, como hemos dicho, no se encuentran en cambio en otras ubicaciones de la Grecia protoheládica.

Esto parecería indicar que existieron duraderos contactos entre lejanas colonias transmarinas y la madre patria y en particular con aquel santuario que desde entonces debía de ser uno de los más importantes centros religiosos de los pueblos protogriegos. Por medio de estas colonias transmarinas habrían llegado a la costa occidental del Peloponeso medianas aportaciones del complejo cultural ibérico del Campaniforme.

Esta decoración típica de las fases evolutivas media y final de la cultura de Capo Graziano no aparece, en ningún modo, en las cerámicas de los túmulos («specchie») de Salento, que encuentran comparación con las fa-

ses iniciales de la cultura de Capo Graziano, y esto parece otra confirmación del hecho de que ésta no pertenezca al patrimonio cultural común, genético, de estas dos *facies* gemelas, pero que corresponda en las Eolias a un fenómeno de aculturamiento. Es probable que la individualidad de esta *facies* cultural salentina no haya superado esta primera fase y que haya acabado siendo absorbida por el Protoapenínico B, que estaba difundiéndose por toda la Italia meridional.

Pero también en las islas Maltesas se ha afirmado una cultura estrechamente análoga a la de Capo Graziano. Es evidente que se trata de otro episodio del mismo fenómeno histórico al cual es debido el origen de la cultura de Capo Graziano de las islas Eolias, si bien la tradición legendaria no parece haber conservado recuerdos.

Se trata de la cultura de «Tarxien Cemetery»,²⁵ de la cual el más evidente testigo es la necrópolis de incineración que se extiende posiblemente sobre las ruinas (o quizá solamente en el interior) del gran templo megalítico de Tarxien y que representa un algo nuevo y diferente respecto a la gran civilización maltesa de la fase precedente, a la cual precisamente remontaban las grandes construcciones templarias.

Esta vez, las analogías más próximas lo son con las fases evolutivas de la cultura de Capo Graziano, porque en las cerámicas, que presentan un repertorio de formas similares, se repite bastante la misma decoración incisa.

Podríamos observar que las cerámicas de Olimpia tienen mucha más afinidad con las maltesas de «Tarxien Cemetery» que con las eólicas, repitiéndose el mismo característico motivo de la decoración de encuadre del asa, que en las Eolias no aparece.

Esta dinámica expansión transmigratoria de los pueblos protogriegos, sin duda indoeuropeos, portadores de una *facies* cultural correspondiente al Protohelénico III, no parece entonces casual, pero responde a un plano estratégico y político determinado, con una extraordinaria finalidad de objetivos, entendido así para asegu-

rarse el control de las principales vías de comercio mediterráneas, la del estrecho de Mesina y la del canal de Sicilia, a través de la posesión de las islas de Malta y Eolias, mientras que las ubicaciones del golfo de Tarento y de la península Salentina constituían unas importantísimas bases intermedias en la ruta hacia ellas. Y esto sin duda en relación con una indiscutible superioridad tecnológica y marítima, al poseer grandes navíos con veinticinco pares de remos más la vela, como nos los representan ya en los primeros esbozos sobre las «ollas» cicládicas desde los comienzos del II milenio, pero que encontraremos algunos siglos después, en la primera mitad del XVI aC, detalladamente representadas en los frescos de los barcos de Akrotiri, en la isla de Thera.

Que estos asentamientos avanzados en las islas Eolias y Malta tuviesen fundamentalmente una función de expansión comercial de amplia irradiación hacia el bacino occidental del Mediterráneo, lo demuestran efectivamente los evidentes testimonios arqueológicos. Éstos nos revelan un fuerte impacto eólico en todas las costas cercanas, desde los inicios de la cultura de Capo Graziano.²⁶

Se encuentran cerámicas producidas en Lípári y exportadas, en particular en algunas estaciones de la región palermitana (Villafraati, Moarda). Pero formas y motivos decorativos, característicos del estilo de Capo Graziano (que en algunos casos podrían corresponder ellos mismos a exportaciones; en cambio en otros son evidentes imitaciones locales) se encuentran en complejos culturales sustancialmente del todo diferentes.

Principalmente, como es obvio, en la cercana costa septentrional de Sicilia, en aquella *facies* cultural, de momento poco conocida, que toma el nombre de Rodi-Tindari y que se extiende por un lado hacia Calabria meridional y por otro hasta Trapani y la isla de Pantelleria.

Recuérdense los hallazgos de la misma Grossorella de Rodas y los fragmentos incisos de Mursia y Pantelleria.

Pero esporádicas aportaciones «abograzianoides» se observan con relativa frecuencia también a lo largo de la costa tirrena de la península Italiana, desde Calabria septentrional (Gruta Cardini, de Praia a Mare), Campania (Gruta del Noglio, Palma Campana), Lacio (palafitos del Lago Mezzano, Tre Erci di Luni sobre el río Mignone) y Toscana hasta Versilia, en los cuales sería hasta ahora prematuro comparar los pobres indicios hallados con el núcleo de las leyendas relacionadas con el origen de Pisa. También en Cerdeña, especialmente en la región del Oristano, aparecieron formas cerámicas que nos remontan a las de las fases iniciales de la cultura de Capo Graziano, mientras que un jarrón de Coguttu,²⁷ por su motivo decorativo a recuadro del asa, parecería un lejano recuerdo de los tipos de Malta y Olimpia. Es de suponer que desde los asentamientos del golfo de Tarento y de la península Salentina, se haya verificado una irradiación semejante, fundamentalmente comercial, dirigida hacia las costas adriáticas de la Península, por lo menos hasta el Gargano, que, junto a las islas Tremitas que tiene enfrente, representa el nudo desde el cual se entrelazan todas las rutas marítimas que surcan el Adriático.

Los extraordinarios descubrimientos hechos por Elisa Baungaertel en la cueva de Manaccara en los años 1931-33²⁸ aparecen hoy, medio siglo después, como otro de los pilares fundamentales en el cuadro histórico de estos siglos que la búsqueda arqueológica permite definir.

Sólo en las últimas fases de la cultura de Capo Graziano comienzan a aparecer, en seguida y en gran cantidad, fragmentos de cerámicas egeas importadas, en especial protomicénicas (Micénico I y II) pero también minoicas recientes (I) y una «matt painted ware» que podría ser cicládica. Éstas nos permiten fechar el final de la cultura de Capo Graziano y el inicio de la sucesiva cultura del Milazzese en las islas Eolias, más o menos coincidiendo con el paso del estilo micénico II al III, es decir alrededor del 1430 aC. Es obvio, después de lo que hemos observado, que

estos hallazgos de cerámicas micénicas importadas no pueden corresponder a un «descubrimiento» del mundo occidental por parte de los principados micénicos de la Grecia continental e insular, sino que hay que interpretarlos más modestamente como la entrada en los mercados de Occidente de una nueva mercancía que, por sus características de refinada elegancia y gusto, podía ser apetecida por las poblaciones locales y ser intercambiada con materias primas u otros productos que los comerciantes micénicos deseaban adquirir. Se trataba de una mercancía que a diferencia de muchas otras (puede que menos ricas y abundantes), por sus características de indestructibilidad, podía constituir para nosotros una documentación arqueológica.

Es obvio de todos modos que el excepcional despertar político, social, económico, demográfico, cultural y artístico que se ha manifestado en el mundo griego a partir de los comienzos del siglo XVI aC, debido a la confluencia de aportaciones minoicas, egipcias y orientales, puede haber tenido el efecto de intensificar fuertemente aquellas relaciones comerciales con los países occidentales, que perduraban ininterrumpidamente desde hacía varios siglos.

NOTAS

1. BERNABÓ BREA, L., «La cueva Corruggi en el territorio de Pachino», en *Ampurias*, XI, 1949, págs. 1-23, láms. 1-4; ídem, «Yacimientos paleolíticos del sudeste de Sicilia», en *Ampurias*, XII, 1950, págs. 115-143.
2. BERNABÓ BREA, L., «La Sicilia prehistórica y sus relaciones con Oriente y con la Península Ibérica», en *Ampurias*, XV-XVI, 1953-1954, págs. 137-235.
3. BERNABÓ BREA, L., *Sicily before the Greeks*, London, Thames and Hudson Ed., 1957.
4. BERNABÓ BREA, L., «Civiltà preistoriche delle isole Eolie», en *Archivio de Preistoria Levantina*, II, Valencia, 1952, págs. 69-93, láms. I-XIII.
5. BERNABÓ BREA, L., «Segni grafici e contrasegni sulle ceramiche dell'età del bronce delle isole Eolie», en *Minos*, II, Salamanca, 1952, págs. 5-28.
6. BERNABÓ BREA, L., CAVALIER, M. y BELLI, P., «La tholos termale di San Calogero nell'isola di Lipari», en *Studi Micenei ed Egeo Anatolici* (en curso de publicación).
7. VOZA, G., «Thapsos», en *Atti della XIV e della XV Riunione Scientifica dell'Istituto Italiano di Preistoria e Protostoria*, 1970, págs. 175-205, y 1972, págs. 133-157; ídem, «Kokalos», XXVI-XXVII, Palermo, 1980-81, págs. 674-681.
8. VOZA, G., *Comunicazioni in vari convegni fra cui Palermo*, abril 1988 (en curso de publicación).
9. CASSANO, S.M., MANFREDINI, A. y QUOLIANI, F., «Recenti ricerche nelle necropoli eneolitiche della Conca d'Oro», en *Origini*, IX, Roma, 1975, págs. 153-271; BERNABÓ BREA, L., «L'eneolítico in Sicilia e nelle isole Eolie», en *Atti Convegno sull'Eneolítico*, Viareggio, Octubre 1987 (en prensa).
10. BERNABÓ BREA, L., «Gli Eoli e l'inizio dell'età del bronce isole Eolie e nell'Italia meridionale. Archeologia e leggende», en *Annali del dipartimento di studi classici dell'Istituto Universitario orientale*, Quad. 2, Nápoles, 1985; BERNABÓ BREA, L., BIDDITTO, I., CAVALIER, M. y VAGNETTI, L., «La Grotta Cardini di Praia a Mare», en *Memorie dell'Istituto di Paleontologia Umana*, Roma (en prensa).
11. BERNABÓ BREA, L. y CAVALIER, M., «Ricerche paleontologiche nell'isola di Filicudi». Relación preliminar, en *Bullettino di Paleontologia Italiana*, 75, 1966, págs. 143-173; relación definitiva en curso de publicación en *Annali Istituto Universitario Orientale*, Nápoles.
12. BERNABÓ BREA, L. y CAVALIER, M., *Meligunis Lipara*, IV, 1980, *Il Castello di Lipari nella preistoria*, págs. 217-257; 688-699, tablas CX-CXXXIX y Apéndice I; ídem, *La necropoli a incinerazione*, págs. 721-732, láms. CCLXX-CCLXXVI.
13. DOERPFELD, W., «Eizelfunde in Olympia 1907-1908», en *Altolympia*, Berlín, 1935.
14. CAVALIER, M., «Les cultures préhistoriques des îles Eoliennes et leur rapport avec le monde Egéen», en *Bull. Corr. Hell.*, 84, 1960, págs. 335-344.
15. KAUMOUZELIS, M., *The Early and Middle Helladic Periods in Elis*. Diss. Brandeis Univ. 1980, University Microfilms International

8024537; RUTTER, J.R., «A group of Distinctive Patterndecorated EHHH Pottery from Lerna and its implications», en *Hesperia*, 51, 4, 1982.

16. CIABATTI, E., «Relitto dell'età del bronzo rinvenuto a Lipari», en *Sicilia Archeologica*, XI, 1978, núm. 36, págs. 7-35.

17. BERNABÓ BREA, L., «Gli Eoli...», *op. cit.* en nota 10.

18. BERNABÓ BREA, L. y CAVALIER, M., *Meligunis Lipara*, I, 1960, «La stazione preistorica della Contrada Diana», págs. 66-75, láms. XXIII-XXV; III, 1968, «Stazioni preistoriche delle isole di Panarea, Salina e Stromboli», págs. 38-44, láms. VII-VIII; IV, 1980, «Il Castello di Lipari nella preistoria», págs. 508, 685 sgg. ecc.

19. DRAGO, C., «Specchie di Puglia», en *Bullettino di Paleontologia Italiana*, LXIV, 1955, págs. 213 y ss.

20. DAMIANI, I., PACCIARELLI, M. y SALTINI, A. C., «Le facies archeologique dell'isola di Vivara e alcuni problemi relativi al protoappenninico B», en *Annali dell'Istituto Universitario Orientale*, VI, Nápoles, 1984, págs. 1-38.

21. PONZETTI, F. M., «Tomba di tipo siculo con nouvo osso a globuli nel territorio di Altamura (Bari)», en *Bullettino di Paleontologia Italiana*, 66, 1957, págs. 153-164.

22. Cfr. nota 20.

23. LO PORTO, F. G., «Leporano (Taranto). La stazione preistorica di Porto Perone», en *Notizie Scavi*, 1963, págs. 280-380.

24. MARCONI BOVIO, I., «La cultura tipo Conca d'Oro della Sicilia Nord-Occidentale», en *Monumenti Antichi dei Lincei*, XL, 1944, págs. 88-96, lám. XIV.

25. ZAMMIT, T., *Prehistoric Malta. The Tarxien Temples*, Oxford, 1970; MURRAY, M., *Excavations in Malta, II*, Londres, 1925; EAD *Corpus of the Br. Age Pottery of Malta*, Londres, 1934; Evans, J.D., *Prehistoric Antiquities of the Maltese Islands*, 1972; TRUMP, D., «Malta», en *Blue Guide*, 1968, pág. 90.

26. BERNABÓ BREA, L., «Gli Eoli...», *op. cit.* Parte III: «L'impatto della cultura di Capo Graziano nell'area tirrenica», págs. 125-143.

27. FERRARESE-CERRUTI, M.L., en *Bullettino di Paleontologia Italiana*, 76, 1967, pág. 123, fig. 38; EAD, «La cultura del vaso campaniforme, il primo bronzo», en *Ichnussa*, Milán, 1981, fig. 68, pág. 71, lám. C 28-29; cfr. nota 10, pág. 96, fig. 86 c.

28. BAUMGAERTEL, E., *Paper Brit. School Rome*, XIX, 1951, págs. 23-38, y XXI, 1953 págs. 1-31, Pl. I-XI.